

Onetti

Juan Carlos Onetti vivió hasta su muerte en la avenida de América, retirado legendariamente, en un exilio interior de otro exilio; sin levantarse de la cama, fumando y sorbiendo whisky y leyendo novelas de misterio. Desde su cama veía una ventana con macetas que daba a una terraza y a los tejados de Madrid.

Me recibió en la cama, en pijama, un pijama azul, apoyado en un codo, de costado, en una actitud forzada. Tenía la piel pálida y enrojecida, pienso que por el whisky, y una barba escasa. Como no llevaba sus lentes se resaltaban aquellos ojos saltones, de tedio o pena abismales.

Se apoyaba en un codo y en la otra mano tenía el cigarrillo. Era una mano de dedos largos, el índice y el corazón manchados de nicotina, una mano desgana que no hacía más esfuerzos que los necesarios para sostener los vasos y los cigarrillos.

En la pared, detrás de la cabecera, había fotos y recortes, pegados con chinchetas o cinta adhesiva. En la mesa de noche un cenicero cargado de puchos y una pila de novelas.

Hablamos de Faulkner, de Nabokov y de Bioy Casares. “Adolfito”, decía, porque era muy radical políticamente y muy consciente de las diferencias de clase.

De vez en cuando bebía un sorbo de whisky con agua y prendía un nuevo cigarrillo. Era un hombre desengañado de la vida, con una tristeza aparentemente sin alivio, a quien reanimaba la indignación, haciéndome sentir su amor por la vida y una ternura pudorosa.